

NOMBRES ÁRABES

Arabian Names

Mercedes Rosúa
www.elrincondecasandra.es
Escritora. Madrid

Nombres Árabes es una obra literaria en la que se mezclan narrativa, historia personal e historia general, viajes, descripciones, reflexiones y una especial consideración de esa palabra, *árabes*, de por sí engañosa tanto para los aludidos como para aquéllos que la vienen utilizando como instrumento de mitos oportunistas.

La autora ha vivido en alguno de estos países, viajado por muchos otros, y ha asistido y asiste, con tranquilo horror, a la expansión de una irracionalidad tribal de corte islámico muy bien aprovechada, cultivada y exaltada por las nuevas tribus de occidente¹.

* * *

Estos nombres ni son, como el cielo azul del poema, tan sólo árabes ni tan sólo nombres. Son lugares de percepción y de reflexión, lejano despertar de los sentidos, materia prima de mitos inocentes y también canallas, rampas diversas desde las que la vida ha ido lanzando a la autora a obligatorias plataformas de observación. Con el resultado de una rebeldía imperecedera, un agudo sentido de existencias diversas que ya no pueden jamás extirparse de la propia, un incalculable desprecio por el negocio sociopolítico de las cegueras voluntarias y por la rentable cobardía en todas sus formas, una admiración rendida por la cruel, infinita belleza del mundo. Y la reivindicación del precio de la libertad, de la universal validez de su territorio.

¹ *Nombres Árabes* (Sevilla, Editorial Alegoría, 2012) es el título del último libro de Mercedes Rosúa. En las páginas que siguen se presentan algunos textos escogidos de esta obra.

Túnez, el de los años sesenta y las aspiraciones a una modernidad aún no asfixiada por fundamentalismos islámicos y por los predicadores occidentales del negocio de los valores relativos y el multiculturalismo de nómina. Diásporas de emigrados, pobreza, amor, grisura. Recuerdos de seriales radiofónicos y de cuentos. El olor persistente del jazmín. Islas de África. La Argelia del cuchillo y la crudeza. Los largos viajes, sola. Asia Central, que es el corazón y encrucijada de un nuevo Gran Juego. La barbarie, el engañoso azul y la belleza de las terribles ciudades el desierto. Libia y el hombre que quiso ser Mao. Turkmenistán, Uzbekistán, Gengis, Zaratustra, Tamerlán, Samarcanda. Geografía temblorosa, de gas, camiones y oleoductos; volcanismo de siglo XXI en plena formación. Nombres árabes, que no lo son, que nunca lo fueron, bajo cuyo mito genérico de la Gran Madre Patria Islámica se asfixia un mundo diverso, se mantiene en el grado último de la opresión, en el borde de la inhumanidad, a los negros bultos de las mujeres.

La voz de de Oriana Fallaci resuena aquí, y en quien escribe, con toda su valentía realzada por el coro de silencios, medrosidades, tibiezas, rendiciones preventivas e insultos de sus necrólogos, comentaristas, enemigos y detractores. Como resuena, entreteniéndolo los ocios de un asesino en serie que sobrepasa a cualquier otro en número de víctimas, la de Sherezade en el dormitorio del sultán Schahriar, la fina voz que vence a la cimitarra del verdugo y proclama el predominio de la felicidad y la inteligencia.

Contra los mismos que, al norte y al sur del Mediterráneo, adoran el barro de las nuevas tiranías, sueñan con taifas y con sátrapas, palidecen de miedo a atraer la violencia de los monstruos, brindan por el terrorismo, lo utilizan, contra aquéllos que invierten, sobornan, comercian y callan, pueden resultar sorprendentes armas estos nombres de apelativo árabe tan ficticio, granadas de cristal repletas quizás de más libertad latente de la que ninguno de sus corifeos puede sospechar.

* * *

Permite (¿hay alguien ahí a quien invocar?) que vuelva al pasado tiempo, que gane con tu ayuda todas mis batallas, que rescate a los muertos y les dé tibia, piadosa sepultura. Deja que, con tu auxilio y con tu mano, pase, por fin, las puertas, respire altura sobre las murallas, vea a la vez las pavesas y sus fuegos; haz que termine unas palabras que quedaron cortadas, que destilan, todavía, gota a gota, el líquido suave del insomnio. Necesito tu luz y tu regazo, tu mirada, tu fuerza y tus pasiones, los sabores de juventud e ira, el dorso de un caballo brillante de esperanza. Necesito horizonte, largos días, noches de sueños hondos y el futuro que nunca tuve, que ya se desvanece hasta en la idea. Vuelve. Camina adoptando la forma engañosa que llamamos memoria, ondulando en tu ser los

muchos seres que el tiempo frunce y aprieta en su costura. Contigo, a quien ofrezco cuanto escribo, es posible el regreso y la conquista.

Porque tienes mi rostro y eres lo que fui, o creí ser, y por eso eres lo único a que puedo cantar.

«Más fuerte que el odio»: monólogo infantil sobre un mito

El jinete cabalga por el desierto con la muchacha entre sus brazos. Es el final feliz de un tenso idilio que ha comenzado y florecido bajo el signo del odio y la venganza. Pero la larga serie de aventuras, el juego de la atracción inconfesada y la amenaza brutal cara al público, a los compañeros del aduar, a la misma joven raptada que le mira con terror, mantiene su orgullo y se halla a su merced, van a resolverse en una dulzura proporcional a la angustia y al tiempo de enfrentamiento transcurrido, en un éxtasis que compensa, con su promesa de felicidad infinita, todos los sinsabores. Los de ellos y los de los oyentes, que sintonizan cada tarde la emisora y siguen con religioso fervor y labores de aguja o punto cada movimiento y palabra de los protagonistas.

Cabalgan por las cortinas de la habitación, por las paredes y el techo en los que se reproduce la sesión diurna de las sombras del mundo inverso de la calle filtradas por la abertura de los batientes, los árboles, avenida, juegos y gruesas manchas que son vehículos. Por la noche, cuando el telón haya descendido y la luz eléctrica no proyecte en el dormitorio imagen alguna del mundo exterior, entonces vendrá quizás la madre de R. se tenderá a su lado y le contará películas que ha visto en el cine de sesión continua. Ella también, que es tan joven, habrá recibido de la pantalla, sazónada de patatas fritas, ozonopino y bombón helado, el regalo de las sensaciones, el don de una historia. Su madre y la chacha Vicky oyen, junto a ella, el serial de media tarde. Los hay de cierto realismo social, donde una muchacha pobre, bella y virtuosa y un señorito rico, redimido de su frivolidad por el amor que mueve los planetas, se acaban instalando en un arrabal junto al cielo en el que reciben, como prueba del agradecimiento de sus nuevos y humildes convecinos, la construcción en el hogar de un aseo para uso exclusivo de los recién casados. Los hay de espías, de padres sacrificados y de hijos traidores que se arrepienten. Entre unos y otros, esa misma radio anuncia, con tono y palabras semejantes, la muerte del Jefe de Rusia, llamado Stalin, digno sucesor de aquel Iván el Terrible que había mandado sacar los ojos a su propio hijo.

Pero R. prefiere sobre todos *Más fuerte que el odio*, porque el jinete lleva más lejos y mueve en las entrañas fibras situadas a profundidad misteriosa, zonas cuyo esbozo y madurez intuye en el precoz desarrollo del espíritu y el tardío del cuerpo al que la condena la inmovilidad del lecho. Esa chica que imagina rubia, de ojos azules y cándidos cegados por la arena del desierto, es firmemente

sujetada por los fuertes brazos del joven, de perfil implacable y ojos como dagas, que la estrecha contra su túnica polvorienta en la exhalación de la huida. La acción transcurre probablemente en una Argelia de luchas y rencores en la que un jeque se venga del padre francés, militar, raptando a la hija y haciendo planear, tarde tras tarde, la posibilidad de devolverla muerta.

Las letras, mientras, esperan. Los cuentos reposan sobre la colcha y son consumidos luego con avidez, con más avidez que objeto alguno, con el deleite de las historias que prometen las tapas y la desazón de que fatalmente se acaben, una vez comenzados, porque en toda primera página hay la certeza de una página final.

R. ha deletreado, de la mano de su madre, los letreros (S-E-P-U, C-I-N-E) a los tres años. Luego vino la Noche del Terror, del dolor y el médico, tras la que se cerró, con un olor a yeso fresco renovado cada tres meses, la puerta de fuera. Y quedaron el techo, las sábanas, los libros y la radio, un territorio desigual de avances varados en la inmovilidad aparente, un tiempo medido por sensaciones, escasas referencias al espacio externo, construcciones infinitas de éste y de un futuro en el que la limitación precaria de su físico, la condición femenina de su sexo, marcaban con la claridad del cartabón y la regla la crueldad inapelable de la ley.

En los cuentos hay también velos orientales, siempre transparentes, sobre rostros de gran belleza y complicadas joyas, mujeres dotadas de un embrujo sólo posible por la insinuación y la lejanía. Y sarracenos temibles entre cuya grey torva destaca aún más la arrogante apostura de un príncipe. Frente a los personajes de historias más próximas, aquéllos tienen el embrujo insuperable de un distanciamiento imposible y mayor. De las dunas se elevaban palacios de una fragilidad solamente superada por su esplendor. En las viviendas, tras la corteza rugosa de ventanas estrechas y altos muros, se desplegaban alfombras, reposaban pebeteros, faroles tallados enviaban la geometría de su cristal. Donde aquí había grises allí había colores, donde aquí casas allí espacio, donde pan y guisos allí esencias.

De alguna parte, en algún momento, R. recibió la visita sorprendente de metáforas insólitas, un aluvión de rosas y valles de carne, de colinas de perfume, de pájaros esquivos y temblorosos bajo los dedos de un minucioso cazador. *Mil y Una Noches*. Ya sólo el título. *Sherezade*, la inteligente y valerosa *Sherezade*, que cada amanecer esquivaba la muerte, que, pese a sus dones, debía, al final comprar su vida exhibiendo los hijos habidos con el sultán. Pero las páginas no se elevaban sólo con el humo de la lámpara maravillosa y las olas de Simbad el Marino; también eran mecidas por la respiración de los amantes y las descripciones de cuerpos semejantes a la fruta y a los dibujos de un tapiz.

Había, pues, territorios sin más limitación que la ley brutal de la cimitarra. Sorteada ésta, esquivado el guardián y la amenaza, nada impedía el disfrute de lo

que se hallaba tras el velo. Bajo la cúpula, en la cripta de la montaña, defendidos por los celos de un genio o la fiereza de un gigantesco negro guardián, podían hallarse la gentil princesa o el divino adolescente de quince años. Poco importaba el sexo a su visitante; contaban únicamente, como en los frutos, la sazón, la belleza y la tersura.

El último capítulo del serial ha llegado a un consenso. Por fin le ha dicho que la ama. Está rota la vasija de la venganza. También ella ha rendido orgullo y diferencias a la pasión que mezcla al viento los mechones claros y los cetrinos de ambos cabellos. La conduce a la tienda familiar donde se celebrarán los ritos de la boda. Pero antes, comprensivo, el jeque le asegura que pasarán por la ermita de un misionero cristiano para que bendiga a la manera de la novia su unión. Luego cabalgarán hacia el paraíso, el reino escondido que les espera en un oasis que es el jardín de Alá.

La S de Samarcanda

Deslizarse por un nombre, por las curvas vertiginosas de su inicial hasta la a del asombro de los grandes arcos ojivales que surgen entre las arenas del olvido y se hunden en un horizonte de suaves montículos, prolongarse en el eco sonoro que se pierde en una inmensidad a la que son artificiales las fronteras, cerrar el espejismo de las evocaciones. El anhelado Oriente: Samarcanda. Que es sólo quizás un sueño, un conjuro, como tantos, contra la irremisible mediocridad a la que se ajusta como norma la generalidad de la vida.

El viajero defiende su sueño desde que llega, desde mucho antes de situarse ante el cuadrilátero del Registrán majestuoso, bañado de azul, cubierto por la dura y seca bóveda celeste de estas latitudes salpicada, en la noche, de las grandes estrellas que un rey astrónomo intentó reproducir en los mosaicos. El viajero sabe, porque ha visto antiguas fotografías, que la restauración cuidadosa de arquitectos soviéticos del siglo XX ha dado nueva vida a una belleza que se diría inmemorial pero que hace unas décadas yacía en buena parte despedazada por las agresiones de los hombres y las del tiempo y de los terremotos. Lo sabe, pero no quiere saberlo porque desea vivir el hechizo e incluso lamer hasta el último reflejo dorado del espectáculo de luz y sonido que recorre fachadas y minaretes. Quien aquí llega se aferra a su sueño, pero luego-y ya antes, y después, y al mismo tiempo, siempre agazapado en el rincón final de la conciencia-emerge el deseo de saber, y el de expresar sin censuras; una tarea que ha vuelto imposible la presión del código del Buen Observador Occidental. Sobre él gravitan milibares de pluralidad étnica bienpensante, toneladas de relativismo preceptivo que filtran desde el origen su pensamiento y lo conducen, sin romperlo ni mancharlo, por el parque temático oriental, árabe, polinesio, africano. En el viaje se invierte dinero, es el fructífero negocio del que viven agencias que irían a la bancarrota

si desaparecieran las narices perforadas, los platos soperos incrustados en los labios, los densos velos femeninos, las tareas agrícolas realizadas con herramientas prehistóricas. Los labios ungidos de filtro solar están sellados a la sumisión despótica al poder y a la fuerza que resultaría indignante en sus más mínimas manifestaciones en el país desarrollado de origen, pero es fascinante en este circuito por recovecos medievales del tiempo no hollados por el Derecho de Roma, la caridad cristiana hacia el semejante, el impulso liberador de la Razón, bajo los cuales desean vivir, también aquí, en estas latitudes muchas más personas de las que se cree.

Los mapas revelan fronteras recientes trazadas a escuadra y cartabón, en Asia Central como en África, en mapas diseñados durante el final de las colonizaciones, líneas sin conflictos fronterizos porque atravesaban la indiferente extensión de los desiertos o chocaban con los acantilados del Tien Shan, las Montañas del Cielo que forman al este la gran muralla natural de China, con el macizo de Pamir y con el Kopet Dag, que marca la frontera iraní, con las secas y minerales elevaciones del Indu Kush, que separan por el sur estas tierras de Afganistán, tan duras e inhóspitas que no parece en la distancia que pudieran producir otra cosa que cuevas rellenas de fanáticos. Del norte, de las montañas del Altai, desbordaron, precipitadas desde las mesetas de Mongolia, oleadas de jinetes ansiosos de botín y dominio. Los grandes cuencos de arena de los desiertos de Karakum y Kyzylkum ven rota su estéril geografía por la floración de oasis y ríos de variables curso y existencia; discurren lentamente el Amu Darya y el Syr Darya, se deseca el Mar de Aral, nutren lagos las rigurosas alturas del este, de manera que éstos son países de archipiélago, vergeles jugosos, floraciones aferradas al comercio y al agua en un mar de arena, veranos tórridos y pasos impracticables por la altura y la nieve. Así se anudó la Ruta de la Seda, que ha acunado en su nombre los largos sueños del sedentario y mecido imágenes de lentitud, brocados, peligro y fantasía. El hilo se cortó, se fue hundiendo en las dunas sin desaparecer nunca del todo, revelador, en su actividad de zocos e intercambios, del incansable poder del espíritu emprendedor, de la fuerza de la iniciativa personal y del comercio que se manifiesta hasta en las más adversas circunstancias para desesperación de puritanos y controladores. El cambio del mundo, con el Renacimiento, las rutas americanas, la definitiva conciencia de la redondez, y accesibilidad del planeta y el fermento de Prometeo en los espíritus, dejó sumidos en su inacabable y alta edad media a sultanes de oasis y gabelas, a khanes que cimentaron hasta el siglo XIX su riqueza en centros de venta de esclavos, a corredores de mercancías y a villas de tratantes prósperos. Los edificios de poblaciones que con frecuencia fueron arrasadas hasta los cimientos por el conquistador de turno, las viejas civilizaciones anteriores al siglo VIII que borró, con sus obras de arte y bibliotecas, la expansión del Islam, resucitan, en una escogida minoría, sólo con los trabajos

arqueológicos del siglo XX y a veces en el conmovido relato de algún viajero que describe la majestad de las ruinas melancólicas, de una orgullosa frente de adobe que desafía a sus enterradores y sobrenada la llanura.

Los nombres sin nombre: La invasión de los ultracuerpos

En el grupo la uniformidad en el mutismo es absoluta: No hay, por ejemplo, dos que asientan, otro que niegue, algunos que callen y uno que exprese satisfacción o disgusto.

-¿Quiénes sois?-R los mira. Tal vez fueron en algún momento habitados por seres que absorbieron su sustancia.

-¿Quiénes sois?-Nadie dice nada, nadie ve lo que ve ella, para nadie parecen existir las incómodas evidencias del mundo.

R. siente, una vez más, que se la ha privado de la voz, que grita inútilmente bajo el agua, que la normalidad de los rostros es engañosa.

-Sois...¿quiénes?

Sois el misterio, la perplejidad del previsible coro, el fenómeno idéntico y repetido, como la misma planta que crece en territorios infinitos. Habéis descendido como un manto sobre los viajeros de esta época y los habéis penetrado, de manera que todos y cada uno de ellos callen, asientan, acepten, apoyen, sostengan y se inhiban con la aceitada precisión de un engranaje, y miren con idénticos reprobación y disgusto al que ocasionalmente difiere e introduce un desagradable chirrido en la armonía de esferas de viaje, degustación cultural, acopio de fotos y acumulación de artesanía. Venís del gran continente de las Cegueras Voluntarias que planea, como el visitado por Gulliver, sobre nuestras cabezas; os dividisteis en batallones, sectores y escuadras y habéis tomado silenciosa posesión de mis conciudadanos. Antes, contemplasteis, revisasteis e ignorasteis, una tras otra, las feroces, divertidas y fascinantes utopías, los ismos totalitarios, tan de moda, que saciaban envidia, rencores y sueños, e incluso permitían cobrar un sueldecito, afiliarse al club de los únicos buenos de la película y presumir el sábado noche de mano de Fátima, leones, santería, comuna rural, vistas desde todas las cimas y estancia en Cuba. Habéis conseguido marchar a pie firme sobre blandas capas de víctimas sin dedicarles una sola mirada, con el mismo gesto displicente con el que orilláis hasta el día de hoy cadáveres españoles mucho más próximos, y habéis extraído una confortable existencia de los terrenos donde aquéllos perdieron sus pequeñas, irrecuperables vidas. Votasteis y apoyasteis, en todos los casos, la inexistencia perceptiva, y preceptiva, de cuanto podía incomodaros, empañar el disfrute, sustraer unos céntimos de la inversión en la agencia, los servicios, el paquete turístico.

Los viajeros, sin embargo, no ha tanto tiempo que fueron otros, y otros los horizontes, en los que, al menos, se perfilaba una ingenua pero sincera creencia en la deseable universalidad de los derechos y la dignidad de las personas, una identificación con la libertad y la igualdad luminosas que, de un extremo a otro del planeta, subsistían, debían subsistir, manifestarse, imponerse sobre las inacabables variantes de las apariencias y los usos. Los viajeros rehusaban, reprochaban, ejercitaban ese último, y el más humano, derecho a la indignación y la denuncia y, sin saberlo, rescataban al individuo, su semejante, de la raza y la horda, de la servidumbre del clan y de la cadena de las supersticiones, las tradiciones y los ritos.

Ahora se lleva otro consumo. El mundo se aplana y convierte en la gran mesa donde los aviones permiten a cualquiera la agradable degustación geocultural, la colección de estampas, bordados y sabores que decoran vacaciones, paredes, amigos y alfombra.

-No sé quiénes sois.

Homenaje a Sherezade

Bajo la sofocante capa de la Umma (la Gran Madre Patria Islámica) que sirvió y sirve para anular derechos individuales y mantener satrapías, bullen, y afloran, con todo el ímpetu de la variedad de existencias los esclavos negros, los castrados eunucos, el beduino ignorante, sucio y pobre, el porteador, el pescador, el hortelano, las esclavas que se venden y se compran, las muchachas golpeadas y repudiadas, los artesanos, comerciantes, zapateros, barberos, jueces y mendigos, los súbditos sumisos que sólo se muestran, como en una coreografía, cuando hay golpe de estado y cambio de tirano, la tenaz lucha por sobrevivir y la reivindicación del placer, las sirvientas, los vendedores del mercado y los audaces viajeros y navegantes que todo lo exponen en su ruta hacia lejanas tierras, los emigrados, de grado o por fuerza, desde lugares remotos, los extranjeros del más diverso origen, los siervos, los vagabundos y el poeta que no posee sino sus versos. Se trata de un cuerpo vivo encerrado en la armadura de una élite premedieval, amordazado por una unidad ficticia y unos usos religiosos cuyo ritual de control y apariencias le excluyen de la modernidad, un cuerpo que rebosa por las costuras de esa ficción del Gran Islam mantenida para mayor gloria y lucro de sus emires y sus taifas. No son, ni mucho menos, los habitantes de esta extensión todos árabes, pero la lengua de hermosa caligrafía y las jaculatorias incesantes cubren una superficie rica en razas, colores, aspiraciones e historia cuyo futuro yace aherrojado por el mito de la Umma. Éste puede romperse, reducirse a los justos límites de leyes, países, individuos y opciones religiosas personales, y surgirán entonces, como de un glaciar que se disuelve, los muchos individuos que

no necesitan dueños, padres, umma ni profetas, con cuyas vidas no juega ningún comendador de los creyentes y a los que por fin pertenece su futuro.

Sherezade emerge con lo más seductor y deslumbrante que en tal extensión se halla, pero, para quien quiera verlo, también ofrece en sus relatos ventanas innumerables que se abren a otras perspectivas, hacia el magma de millares de seres distintos que sólo son libres, como sus protagonistas, por azar, unas horas, unos días, pero que lo son durante ese tiempo, con la intensidad de la certidumbre de la fatal vuelta a las cadenas. Sherezade se sitúa entre ambos mundos, pero muestra claramente, por boca de la compasiva hermana del cuento de la undécima noche, hacia dónde van sus preferencias. Jugándose la propia vida, rescata el valor de la alegría, la civilización esencial de la amplitud y los saberes. La joven narradora es, por mucho que pague el peaje de incontables jaculatorias y actos de fe, lo contrario a cuanto marca como prototipo el Islam, está cargada de razón, de bondad generosa y de buen juicio. Vive reducida al espacio que limitan preceptos injustos, guardias y la bronca torpeza de cuantos, creyéndose superiores, pagan con la propia desgracia de la existencia tediosa y la sociedad estrecha y mísera su defensa del más opresivo de los mitos. Por eso la narradora señala al final, como único espacio de felicidad posible, el del horizonte luminoso en el que clarean la libertad y la dicha y hacia el que se fuga, en un vuelo irreal que les arranca a sociedad, preceptos, país y familia, la pareja bienaventurada del último cuento.

Índice del libro

Introducción: Más fuerte que el odio: monólogo infantil sobre un mito; I. Jazmín: Túnez; II. Más allá del Mar Caspio; III. Oriana: la voz y los silencios; IV. Los nombres sin nombre: La invasión de los ultracuerpos; V. Homenaje a Sherezade, la Indestructible.

